

Oración en clave de "Lectio divina"

**Siguiendo a San Mateo: San Mateo presenta a Jesucristo como el Mesías .
" Jesús, Mesías, el tesoro encontrado".**

Mt 13,44-52



Pasos de la Lectio divina.

Paso 1. Leer: ¿Qué dice el texto?

Paso 2. Meditar: ¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Paso 3. Orar: ¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

Paso 4. Actuar: ¿Qué hacer como resultado de la oración?

Introducción

El texto propuesto hoy para meditar presenta tres parábolas. En las parábolas Jesús se sirve de la vida cotidiana para indicar cómo ésta nos habla de Dios. Las parábolas hacen transparente la realidad, reveladora de la presencia y acción de Dios. Convierten contemplativa la mirada de la persona. Una parábola se refiere a cosas de la vida y por esto es una enseñanza abierta que nos hace partícipes, que nos compromete, todos tenemos cualquier experiencia de las cosas de la vida.

La enseñanza en parábolas hace partir a las personas de su experiencia de las cosas comunes de la vida para poder entender el Reino: semilla, sal, luz, oveja, flor, mujer, niños, padre, red, pez tesoro, perla etc.

Jesús no acostumbraba generalmente a explicar las parábolas. Sino que por lo general terminaba con esta frase: "¡Quién haya oído , que entienda!" (Mt 11.15; 13,9.43). Lo habéis escuchado. Ahora tratad de entender". Jesús dejaba abierto el sentido de la parábola, no lo determinaba. Señal de que creía en la capacidad que la gente tenía para descubrir el sentido de la parábola partiendo de su experiencia de vida. Alguna vez, a petición de sus discípulos, explicaba su significado (Mt 13,10.36).

Las comunidades se reunían y discutían las parábolas de Jesús, tratando de comprender lo que Jesús quería decir. Así, poco a poco, la enseñanza de Jesús comenzaba a ser asimilada en las catequesis de las comunidades que luego se convertirán en una explicación de la parábola.

Mateo 13,44: Parábola del tesoro escondido.

Mateo 13,45-46: Parábola del mercader que busca perlas preciosas.

Mateo: 13,47-50: Parábola de la red echada al mar.

Mateo 13,51-52: Una parábola para concluir el discurso de las parábolas.

En las dos primeras parábolas de hoy el acento recae en la reacción de los protagonistas ante un hallazgo maravilloso. Con el reino de los cielos sucede lo mismo:

una vez que ha sido descubierto en todo su valor, hay que tomar postura, y ningún precio es demasiado alto. Mateo invita a los cristianos, que ya han descubierto el reino, a que sean radicales en su opción, y a que la vivan con alegría. Es cierto que cabe la posibilidad de rechazar esta oferta, como hizo el joven rico (Mt 19,21-22), pero la actitud del verdadero discípulo ante el descubrimiento del reino de Dios no puede ser otra que la conversión: el cambio de orientación de la propia vida, que tiene lugar en un clima de alegría.

Esta parábola es muy semejante a la del trigo y la cizaña que crecen juntos (Mt 13,24-30.36-43) Aquí, sin embargo, la parábola y su aplicación van unidas. La oferta del reino se hace a todos, y son muchos los que entran en él, pero la clave está en cómo se vive después. La aplicación que hace Mateo, refiriéndose al juicio final, es una exhortación a vivir poniendo en práctica las enseñanzas de Jesús .

El breve diálogo de Jesús con sus discípulos, colocado al final de las parábolas, resume la intención de todo el capítulo, presentando el modelo ideal del discípulo. Los discípulos son capaces de entender los misterios del reino y, desde esa comprensión, son capaces de sacar oportunamente lo viejo y lo nuevo, porque conocen la relación entre las dos épocas de la historia de la salvación; la de la promesa (lo viejo), y la del cumplimiento (lo nuevo).

Todo el evangelio es un buen ejemplo de esta actitud, pues presenta a Jesús y su proyecto como cumplimiento de las promesas de la antigua alianza. Los cristianos a los que se dirige San Mateo han de saber también que solo con esta actitud es posible hallar un punto de encuentro para las diversas tendencias que existen dentro de una comunidad compuesta por creyentes de diversa procedencia y mentalidad.

Paso 1. Leemos :
¿Qué dice el texto?

" El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

45 El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, 46 que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra.

47 El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: 48 cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. 49 Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos 50 y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes" . 51 ¿Habéis entendido todo esto?». Ellos le responden: «Sí». 52 Él les dijo: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo».

53 Cuando Jesús acabó estas parábolas, partió de allí. (Mt 13,44-53).

Palabra del Señor

Paso 2. Meditamos :
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

En la meditación de hoy nos estamos fijando en tres breves parábolas. Las dos primeras son similares entre sí, pero con diferencias significativas para esclarecer mejor determinados aspectos del Misterio del Reino que está siendo revelado a través de estas parábolas.

La parábola del tesoro escondido en el campo (Mt 13,44). Jesús cuenta una historia sencilla y breve que podría acontecer en la vida de cualquiera de nosotros. Dice: “*«El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel»*.. Jesús no explica, sino que sencillamente dice: *El Reino de los Cielos es como un tesoro escondido en el campo*”. Así apremia casi a los oyentes a que compartan con los demás lo que esta historia suscitó en sus corazones. Comparto algunos puntos que he descubierto:

(a) El tesoro, el Reino, ya está en el campo, ya está en la vida. Está escondido. Pasamos y pisamos por encima sin darnos cuenta.

(b) El hombre encontró el tesoro. Fue por pura causalidad. No esperaba encontrarlo, pues no lo estaba buscando.

(c) Al descubrir que se trata de un tesoro muy importante, ¿qué hace? Hace lo que todo el mundo haría para tener el derecho de poder apropiarse del tesoro. Va, vende todo lo que tiene y compra el campo. Así, junto con el campo adquiere el tesoro, el Reino. ¡La condición es vender todo!

(d) Si el tesoro, el Reino, ya estaba en la vida, entonces es un aspecto importante de la vida que empieza a tener un nuevo valor.

(e) En esta historia, lo que predomina es la gratuidad. Al tesoro se le encuentra por caso, más allá de las programaciones nuestras. El Reino ¡acontece! Y si acontece, tú y yo tenemos que sacar las consecuencias y no permitir que este momento de gracia pase sin fruto.

La parábola del comprador de piedras preciosas (Mt 13,45-46). La segunda parábola es semejante a la primera pero hay en ella una diferencia importante. Trata de descubrirla. La historia es la siguiente. “*El Reino de los Cielos es semejante a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.*”.

(a) Se trata de un mercader de perlas. Su profesión consiste en buscar perlas. Es lo único que hace en la vida: buscar y encontrar perlas. Buscando, encuentra una perla de gran valor. Aquí el descubrimiento del Reino no es pura causalidad, sino que es fruto de una larga búsqueda.

(b) El mercader de perla entiende el valor de las perlas, pues muchas personas quieren venderle las perlas que encontraron. Pero el mercader no se deja engañar. El conoce el valor de su mercancía. (c) Cuando encuentra una perla de gran valor, va y vende todo lo que tiene y compra esa perla. El Reino es el valor más grande.

En la primera parábola, el término de comparación era “ el tesoro escondido en el campo”. En esta parábola, el acento es diverso. El término de comparación no es la perla preciosa, sino la actividad, el esfuerzo del mercader que busca perlas preciosas. Todos

saben que tales perlas existen. Lo que importa no es saber que esas perlas existen , sino buscarlas sin descanso, hasta encontrarla.

Las dos parábolas tienen elementos comunes y elementos diversos. En los dos casos, se trata de una cosa preciosa: tesoro y perla.

En los dos casos hay un encuentro, y en los dos casos la persona va y vende todo lo que tiene para poder comprar el valor que ha encontrado. En la primera parábola, el encuentro se sucede por casualidad. En la segunda , el encuentro es fruto del esfuerzo y de la búsqueda. Tenemos dos aspectos fundamentales del Reino de Dios. El Reino existe, está escondido en la vida, en espera de quien lo encuentre. El Reino es fruto de una búsqueda y de un encuentro. Son las dos dimensiones fundamentales de la vida humana: la gratitud de amor que nos acoge y nos encuentra y la observancia fiel que nos lleva al encuentro.

Fijémonos ahora en la tercera " **La parábola de la red echada en el mar** (Mt 13,47-50).

El Reino se presenta semejante a una red, no una red cualquiera, sino una red echada en el mar y que pesca de todo. Se trata de algo típico en la vida de aquéllos que escuchaban, donde la mayoría eran pescadores, que vivían de la pesca. Una experiencia que ellos tienen de la red echada en el mar y que captura de todo, cosas buenas y cosas menos buenas. El pescador no puede evitar que entren cosas no buenas en su red. Porque él no consigue controlar lo que viene de abajo, en el fondo del agua del mar, donde se mueve su red. Sólo lo sabrá cuando tire de la red hacia lo alto y se sienta con sus compañeros para hacer la separación. Entonces sabrán qué es lo que vale y lo que no vale. De nuevo, Jesús no explica la parábola, pero da una indicación: "*Así será al final de mundo*". Habrá una separación entre buenos y malos.

Conclusión del discurso.

El discurso de las tres parábolas termina con un breve diálogo entre Jesús y aquéllos que lo escuchaban que sirve de clave de lectura para todas las parábolas. Jesús pregunta: "*¿Habéis entendido todo esto?*" Respuesta de la gente: "*¡Sí!*"

El tesoro escondido en el campo (Mt 13,44) el mercader de perlas finas (Mt 13,45-46), la red echada en el mar (Mt 13, 47-48). La experiencia que cada uno tiene de estas cosas es su tesoro. Y en esta experiencia es donde cada uno encuentra el término de comparación para poder entender mejor las cosas del Reino de Dios. A veces , cuando las parábolas no nos dicen nada y no dejan libre su mensaje, la causa no es la falta de estudios, sino la falta de experiencia en la vida o la falta de profundidad de la propia vida. Las personas que viven en la superficie sin profundizar en la experiencia de la propia vida, no tienen capacidad de valorar lo que encuentran de valor en su vida.

Resumiendo la enseñanza de las tres parábolas. Las tres tienen el mismo objetivo: revelar la presencia del Reino, pero cada una la revela de una manera diferente: a través del descubrimiento de la gratuidad de la acción de Dios en nosotros, y a través del esfuerzo y de la búsqueda que todo ser humano hace para ir descubriendo cada vez mejor el sentido de su vida.

Paso 3. Oramos :
*¿Qué le quiero decir yo a Dios
desde esta palabra proclamada ?*

Oración introductoria.

"Gracias, Señor, por tu generosidad porque gratuitamente y sin ningún merito de mi parte me ofreces el tesoro de la Eucaristía y tu Palabra. No tengo que vender nada, sólo debo dejar a un lado todo lo que me pueda apartar de Ti. Ayúdame a ser santo al saber aprovechar cada minuto de la vida que me has regalado para crecer en el amor a Ti y a los demás".

" Jesús, Tú eres mi mayor tesoro. Mi vida sin Ti no vale ni sirve para nada. Permite que sepa darte el cien por ciento de este tiempo de oración. Que nada ni nadie interrumpa este diálogo que creo y espero tener con Quien tanto me ama".

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

(Releamos el texto haciendo algunas anotaciones sobre cada uno de sus momentos:
(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración:

Habla confiadamente con Dios

¿Qué le decimos a Dios gracias a este texto?. ¿Qué nos mueve a decirle? .

¿Petitionen, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso?.

Las dos parábolas sobre las que queremos orar nos hacen entender que el reino de Dios se hace presente en la persona misma de Jesús. Es Él el tesoro escondido, es Él la perla de gran valor. Se comprende la alegría del campesino y del comerciante: ¡han encontrado!. Es la alegría de cada uno de nosotros cuando descubrimos la cercanía y la presencia de Jesús en nuestra vida.

Una presencia que transforma la existencia y nos abre a las exigencias de los hermanos; una presencia que invita a acoger cada otra presencia, también la del extranjero o del inmigrante.

Es una presencia acogedora, es una presencia alegre, es una presencia fecunda. Así el reino dentro de nosotros.

Roguemos al Señor, por intercesión de la Santísima Virgen María, nuestra Madre, que nos conceda la gracia de saber confiar siempre en Él; pero que esto no nos desligue del cumplimiento fiel de nuestros compromisos temporales; sino que más bien en ellos seamos capaces de hacer brillar un poco más la justicia, la bondad, el amor y la alegría que proceden del mismo Dios, como un don que Él ha hecho a su Iglesia y que le ha confiado el hacerlo llegar a toda la humanidad.

Oración

(Se invita a cada uno pueda expresar su oración.)

Oración final

" Señor, ayúdame a considerar el tesoro de tu llamada y el hecho de mi consagración como una oportunidad para realizarme tal y como tú quieres, más que como un privilegio egoísta".

SALMO 85

Oración de un pobre ante las dificultades que nos dificultan mantener a Dios cerca de nuestra vida:

1 *Inclina tu oído, Señor, escúchame,
que soy un pobre desamparado;
2 protege mi vida, que soy un fiel tuyo;
salva a tu siervo, que confía en ti.*

3 *Tú eres mi Dios, piedad de mí, Señor,
que a ti te estoy llamando todo el día;
4 alegra el alma de tu siervo,
pues levanto mi alma hacia ti;*

5 *porque tú, Señor, eres bueno y clemente,
rico en misericordia con los que te invocan.*

6 *Señor, escucha mi oración,
atiende a la voz de mi súplica.*

7 *En el día del peligro te llamo,
y tú me escuchas.*

8 *No tienes igual entre los dioses, Señor,
ni hay obras como las tuyas.*

9 *Todos los pueblos vendrán
a postrarse en tu presencia, Señor;
bendecirán tu nombre:*

10 *«Grande eres tú, y haces maravillas;
tú eres el único Dios».*

11 *Enséñame, Señor, tu camino,
para que siga tu verdad;
mantén mi corazón entero
en el temor de tu nombre.*

12 *Te alabaré de todo corazón, Dios mío;
daré gloria a tu nombre por siempre,
13 por tu gran piedad para conmigo,
porque me salvaste del abismo profundo.*

14 *Dios mío, unos soberbios se levantan contra mí,
una banda de insolentes atenta contra mi vida,
sin tenerte en cuenta a ti.*

15 Pero tú, Señor, Dios clemente y misericordioso,
lento a la cólera, rico en piedad y leal,
16 mirame, ten compasión de mí.

Da fuerza a tu siervo,
salva al hijo de tu esclava;
17 dame una señal propicia,
que la vean mis adversarios y se avergüencen,
porque tú, Señor, me ayudas y consuelas.

<p style="text-align: center;">Paso 4. Actuamos: ¿Qué hacer como resultado de la oración?</p>

Después de reflexionar el mensaje de estas parábolas, abrimos el corazón y expresámos al Señor como estamos viviendo y el eco que estas parábolas tienen en nuestro vivir cotidiano.

En este par de parábolas nos deja ver que el Reino es algo tan, pero tan maravilloso que quien lo descubre, podríamos hoy decir, quien lo experimenta, tiene por “basura”, como diría san Pablo, todo lo demás. Quien ha tenido la experiencia de Dios, quien ha experimentado que Dios le ama, se da cuenta que la vida en su amor, la vida en el Reino es la única que vale la pena vivirse... es tal la felicidad, la paz, el gozo que experimenta viviendo en el Reino que desprecia sufrimientos, humillaciones y hasta la misma vida con tal de permanecer en él. La vida vivida en el Jesús por medio del Espíritu Santo, es decir la vida del Reino, es tan hermosa que nada se puede comparar a ella. Si hoy el mundo continua fascinado con los placeres, la moda y otras vanidades es porque no ha descubierto esta perla preciosa; es porque no se ha dejado seducir por el amor de Dios; es porque no ha probado la vida que ofrece el Evangelio. Si tú todavía no la has vivido; si todavía no la haz experimentado... Pídele en tu oración a Jesús el poder descubrir esa perla, ese tesoro, pues esto cambiará totalmente tu vida.

Piensa acerca de este tesoro escondido: inspira, vivifica y abre horizontes de nuevos planes y sueños. Sin embargo, no todos deben ser informados al respecto inmediatamente, aunque la excitación que provocan no siempre se puede ocultar. Agradezco a Dios por lo que le da sentido a mi vida.

Tal vez Dios me mire y vea un tesoro escondido, preguntándose cuándo yo lo descubriré.

¿He encontrado yo la perla de gran valor, por la cual estoy preparado a vender todo lo que tengo para comprarla? ¿Estoy yo todavía buscándola, o me he resignado a una vida de mediocridad en mis relaciones con otros, con Dios en mis plegarias y mi vida laboral? Si la he encontrado, ¿estoy listo para vender todo lo que tengo para obtenerla? Jesús compara esta perla, con el Reino que Él vino a proclamar y a inaugurar, y esto me da alegría y esperanza.

Los escribas, que han sido entrenados por el reino, saben cómo rescatar de sus tesoros lo que es nuevo y lo que es antiguo. En nuestro mundo, incluso en nuestras Iglesias, nos estamos volviendo más y más polarizados entre los liberales y los conservadores, ya que ambos proclaman ser los únicos que tiene toda la verdad. Pido por la sabiduría y la libertad de buscar el Reino, antes que cualquier otra cosa.

Estas parábolas Jesús me está invitando a reconocer dónde está mi corazón. ¿Por quién o para qué iría yo, sin todo lo demás?

San Francisco descubrió la perla “de gran valor” que era vivir la pobreza, con un desprendimiento de los bienes materiales hasta el fin; o San Ignacio de Loyola descubrió la perla de la obediencia delicada y prioritaria al Santo Padre, al Papa; o Santa Teresa de Jesús, un día, –nos cuenta ella- al ver a un Jesús atado a la columna y todo llagado y flagelado, “descubrió”, se dio cuenta, de que debía cambiar de vida y llevarla, a partir del descubrimiento de esa perla que era, y es, “de gran valor”, una vida más mortificada y austera.

No es la perla de San Francisco, ni de San Ignacio ni de Santa Teresa, la perla estaba ahí, el propietario es Dios, la ha puesto Él pero ellos, un día, descubrieron la perla de “gran valor”.

Comerciantes de perlas preciosas eran todos los que, a modo de ejemplo, te ponía encima de estas líneas, y, un día, “al encontrar una de gran valor”, vendieron todo lo que tenían y fueron a vivir de acuerdo con la riqueza que habían descubierto.

Nos hemos fijado en ejemplos de santos que todos conocemos, pero también tú y yo, podemos. Como “comerciantes de perlas” que somos todos los cristianos, debemos seguir buscando, para encontrar más perlas “de gran valor”, y, luego, –si me permites decirlo así- “no ser tonto” y vender todo para vivir de acuerdo con esa “perla de gran valor” encontrada.

Jesús, a cada uno, en un momento de nuestra vida, se nos ofrece así y pide una respuesta rápida, una opción sin condiciones. Es verdad que nuestra respuesta es libre y por tanto expuesta a vacilaciones y resistencias. Pero no tengamos miedo de nuestra voluntad veleidosa. El Reino de los cielos, que es Jesús mismo, nos visita con un cortejo de virtudes y gracia, que lo difícil es no lanzarse a Él, porque su atractivo es irresistible y su belleza provocativa para el bien y el Amor.

Las parábolas nos interpelan sobre nuestras actitudes cómodas y egoístas que no nos permiten abandonar nuestros miserables valores religiosos para entrar en el Reino inaugurado por Jesús. Nos interpelan sobre nuestras falsas seguridades, miedos e incapacidades para arriesgarlo todo y nos invita a descubrir el Reino en la persona de Jesús y a creer y participar ya en él porque comprar el campo con el tesoro, o la perla preciosa, no significa que el Reino pueda ser comprado a precio de oro, de buenas obras o de piedad, sino que vale la pena despojarse de todo para entrar en este Reino.

Sólo el Reino de los cielos, descubierto como el supremo valor de la existencia, coloca al hombre en la posibilidad de descubrir el sentido de los restantes bienes que se poseen. La posesión, de esta forma, se presenta como algo relativo. Podrá ser más o menos

importante para la satisfacción de las necesidades humanas, pero deberá ser siempre confrontada con el bien supremo que es el Reino.

De esta forma, las parábolas del tesoro escondido y de la perla conectan con la primera bienaventuranza, la de los que eligen ser pobres. El descubrimiento no es debido al esfuerzo humano sino al descubrimiento de Jesús, entendido como proyecto que lleva a plenitud la propia existencia. De allí la alegría que embarga al hombre de la primera parábola, y también la posibilidad de transformación, pronta y sin lamentaciones, que saca de una forma de vida ligada al círculo comercial y que integra al comerciante en otro ámbito de preocupaciones.

Ante Jesús, presencia del Reinado de Dios en el mundo, los oyentes de la parábola de aquel tiempo son invitados a hacer experiencia de la profunda alegría que brota del encuentro con el Enviado de Dios y este mismo mensaje pone en cuestión a las sociedades comerciales de todas las épocas que, colocando, el "precio" como único sentido de la existencia, no pueden descubrir los verdaderos valores que llevan a la plenitud humana.

¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior?. ¿Qué enseñanza encuentras?. ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?.

**Para profundizar releamos el texto meditado
con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

Meditación del Papa Francisco " Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El discurso de las parábolas de Jesús, que reúne siete parábolas en el capítulo 13 del Evangelio de Mateo, se concluye con las tres similares de hoy: el tesoro escondido (v. 44), la perla preciosa (v. 45-46) y la red de pesca (v. 47-48). Me detengo en las dos primeras que subrayan la decisión de los protagonistas de vender cualquier cosa para obtener eso que han descubierto. En el primer caso se trata de un campesino que casualmente tropieza con un tesoro escondido en el campo donde está trabajando. No siendo el campo de su propiedad debe adquirirlo si quiere poseer el tesoro: por tanto decide arriesgar todos sus bienes para no perder esa ocasión realmente excepcional. En el segundo caso encontramos un mercader de perlas preciosas; él, experto conocedor, ha identificado una perla de gran valor. También él decide apostar todo a esa perla, hasta el punto de vender todas las demás.

Estas similitudes destacan dos características respecto a la posesión del Reino de Dios: la búsqueda y el sacrificio. Es verdad que el Reino de Dios es ofrecido a todos —es un don, es un regalo, es una gracia— pero no está puesto a disposición en un plato de plata, requiere dinamismo: se trata de buscar, caminar, trabajar. La actitud de la búsqueda es la condición esencial para encontrar; es necesario que el corazón quemado desde el deseo de alcanzar el bien precioso, es decir el Reino de Dios que se hace presente en la persona de Jesús. Es Él el tesoro escondido, es Él la perla de gran valor. Él es el descubrimiento fundamental, que puede dar un giro decisivo a nuestra vida, llenándola de significado.

Frente al descubrimiento inesperado, tanto el campesino como el mercader se dan cuenta de que tienen delante una ocasión única que no pueden dejar escapar, por lo tanto venden todo lo que poseen. La valoración del valor inestimable del tesoro, lleva a una decisión que implica también sacrificio, desapegos y renunciaciones. Cuando el tesoro y la perla son descubiertos, es decir cuando hemos encontrado al Señor, es necesario no dejar estéril este descubrimiento, sino sacrificar por ello cualquier otra cosa. No se trata de despreciar el resto, sino de subordinarlo a Jesús, poniéndole a Él

en el primer lugar. La gracia en el primer lugar. El discípulo de Cristo no es uno que se ha privado de algo esencial; es uno que ha encontrado mucho más: ha encontrado la alegría plena que solo el Señor puede donar. Es la alegría evangélica de los enfermos sanados; de los pecadores perdonados; del ladrón al que se le abre la puerta al paraíso.

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de aquellos que se encuentran con Jesús. Aquellos que se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría (cf. Exort. ap. *Evangelii gaudium*, 1). Hoy somos exhortados a contemplar la alegría del campesino y del mercader de las parábolas. Es la alegría de cada uno de nosotros cuando descubrimos la cercanía y la presencia consoladora de Jesús en nuestra vida. Una presencia que transforma el corazón y nos abre a la necesidad y a la acogida de los hermanos, especialmente de aquellos más débiles.

Rezamos, por intercesión de la Virgen María, para que cada uno de nosotros sepa testimoniar, con las palabras y los gestos cotidianos, la alegría de haber encontrado el tesoro del Reino de Dios, es decir el amor que el Padre nos ha donado mediante Jesús". (Papa Francisco. Ángelus. Plaza de San Pedro. Domingo 30 de julio de 2017).

Meditación de Carlo María Martini

" La alegría del Evangelio es como la alegría de aquél que, habiendo encontrado un tesoro, se vuelve loco de alegría, vuelve a casa y vende todos sus bienes, incluso los malvende, para poder comprar el campo en cuestión. Los vecinos piensan que se ha vuelto loco, sospechan que quizá está siendo chantajeado por alguien y necesita dinero, o que tal vez lo haya perdido todo en una casa de juego. Pero aquel hombre sabe muy bien adónde quiere llegar, y no le importa lo que digan de él. No le impresionan las palabras ni los juicios de los demás, porque sabe que el tesoro que ha encontrado vale más que todo cuanto tenía.

También el mercader que ha encontrado la perla preciosa lo vende todo, y la gente piensa que quiere cambiar de oficio o que no está en sus cabales. Pero él sabe que, cuando tenga la perla preciosa, tendrá un bien mucho mayor que todas las demás perlas juntas y que, si quiere, podrá incluso volver a comprarlas todas.

La alegría del Evangelio es propia de aquel que, habiendo encontrado la plenitud de la vida, se ve libre, sin ataduras, desenvuelto, sin temores, sin trabas. Ahora bien, ¿creéis, acaso, que quien ha encontrado la perla preciosa va a ponerse a despreciar todas las demás? ¡Ni mucho menos! El que ha encontrado la perla preciosa se hace capaz de colocar todas las demás en una escala justa de valores, de relativizarlas, de juzgarlas en relación con la perla más hermosa. Y lo hace con extrema simplicidad, porque, al tener como piedra de comparación la perla preciosa, sabe comprender mejor el valor de todas las demás.

El que ha encontrado el tesoro no desprecia lo demás, no teme entrar en tratos con los que tienen otros tesoros, puesto que él está ahora en condiciones de atribuir a cada cosa su valor exacto " . (Carlo María Martini. La alegría del evangelio. Meditaciones para los jóvenes. Sal Terrae. Santander 1989. Pág. 43).

Meditaciones de Orígenes.

" «El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra» (Mt 13,45-46)

El texto que buscaba perlas finas puedes compararlo con éste: Buscad y hallaréis; y con este otro: Quien busca, halla. ¿A propósito de qué se dice buscad y quien busca, halla? Arriesgo

la idea de que se trata de las perlas y la perla, perla que adquiere el que lo ha dado todo y ha aceptado perderlo todo, perla a propósito de la cual dice Pablo: Lo perdí todo con tal de ganar a Cristo: al decir «todo» se refiere a las perlas finas; y al puntualizar: «con tal de ganar a Cristo», apunta a la única perla de gran valor.

Preciosa es la lámpara para los que viven en tinieblas, y su uso necesario hasta que salga el sol; preciosa era asimismo la gloria que irradiaba el rostro de Moisés y pienso que también el de los profetas: espectáculo tan maravilloso que, gracias a él, nos abrimos a la posibilidad de contemplar la gloria de Cristo, gloria a la que el Padre rinde testimonio, diciendo: Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. El resplandor aquel ya no es resplandor, eclipsado por esta gloria incomparable, y nosotros necesitamos, en un primer momento, de una gloria que acepte ser abolida para dar paso a una gloria más excelente, lo mismo que tenemos necesidad de un conocimiento «limitado», que se acabará cuando llegue lo perfecto. Así, toda alma que accede a la primera infancia y camina hacia la perfección necesita, hasta que se cumpla el tiempo, de pedagogo, tutores y curadores, para que al llegar a la edad prefijada por su padre, el que en nada se diferenciaba de un esclavo, siendo dueño de todo, reciba, una vez liberado, de mano del pedagogo, de los tutores y curadores, sus bienes patrimoniales, análogos a la perla de gran valor y a la futura perfección que acaba con lo que es limitado, en el momento en que es capaz de acceder a la excelencia del conocimiento de Cristo, después de haberse ejercitado en aquellos conocimientos que, por decirlo así, subyacen al conocimiento de Cristo.

Pero la gran masa, que no ha captado la belleza de las numerosas perlas de la ley, ni el conocimiento todavía «limitado» que se encuentra en todas las profecías, se imaginan poder encontrar, sin antes haber aclarado y comprendido perfectamente tales riquezas, la única perla de gran valor y contemplar la excelencia del conocimiento de Cristo, en comparación de la cual puede decirse que todo lo que ha precedido a tan elevado y perfecto conocimiento, sin ser por propia naturaleza basura, aparece como tal, pues se la puede comparar al estiércol que el dueño de la viña echa alrededor de la higuera, para que produzca más fruto.

Así pues, todo tiene su tiempo y sazón, todas las tareas bajo el sol: tiempo de recoger piedras, esto es, perlas finas y, después de haberlas recogido, tiempo de encontrar la única perla de gran valor, momento en que es preciso ir a vender todo lo que uno tiene, y comprarla. (Orígenes. Comentario sobre el Evangelio de san Mateo: Las perlas finas conducen a la perla de gran valor Lib. 10, 9-10: SC 162, 173-177).

Meditación de San Ireneo .

" El tesoro escondido en el campo de las Escrituras Cristo era presente en todos aquellos a quienes, desde el comienzo, Dios comunicaba su palabra, su verbo. Si alguien lee las Escrituras en esta perspectiva, encontrará la referencia a Cristo y una prefiguración de un nuevo llamamiento. Porque él es "el tesoro escondido en el campo", es decir, en el mundo. (cf Mt 13,38) Tesoro escondido en las Escrituras porque había sido prefigurado en figuras y parábolas que, humanamente hablando, no podían ser comprendidas antes del cumplimiento de las profecías, es decir, antes de la venida del Señor. Por esto fue dicho al profeta Daniel: "...mantén ocultas estas palabras y ten sellado el libro hasta que llegue el momento final." (Dn 12,4) También Jeremías dice: "sólo después lo comprenderéis" (cf Jr 23,20).

La ley leída por los cristianos es un tesoro escondido antiguamente en un campo, pero fue revelado en la cruz de Cristo. ... La cruz manifiesta la sabiduría de Dios, da a conocer sus designios en vista a la salvación de la humanidad, prefigura el Reino de Cristo, anuncia la buena noticia de la

herencia de la Jerusalén santa, anuncia que la persona que ama a Dios progresará hasta ver a Dios y comprender su palabra y será glorificado por esta palabra.

Así el Señor explica las Escrituras a sus discípulos después de la resurrección, afirmando por ellas que "era necesario que Cristo sufriera para entrar en su gloria." (Lc 24,26) Si pues alguien lee así las Escrituras, será un discípulo perfecto "que es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas." (Mt 13,52) " (San Ireneo . Contra las herejías IV, 26; SC 100, pág. 711)

Lecturas recomendadas: Catecismo de la Iglesia Católica, párrafos 542-546; 671-672; 1034; 328-333.

"Cenáculo de Betania" .

Movimiento eclesial de Jerusalén a Betania:

"Caminos de vida cristiana".

Rafael Pla Calatayud.

rafael@betaniajerusalen.com

Valencia, 15 de febrero 2020